



GRETCHEN McNEIL

NETFLIX

UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

FURIOSAS

(GET EVEN)

CROSS
BOOKS

GRETCHEN McNEIL

FURIOSAS

(GET EVEN)

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Get Even*
© del texto: Gretchen McNeil, 2014
Publicado mediando acuerdo con International Editors' Co.
y Curtis Brown, Ltd.
© de la traducción: Natalia Navarro, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: agosto de 2020
ISBN: 978-84-08-23315-2
Depósito legal: B. 12.003-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno

Bree estaba apoyada contra la valla metálica, dándose golpecitos suaves en la punta de las Converse negras con la raqueta de tenis.

—¿Por qué tenemos que seguir haciendo Educación Física?

John le quitó la raqueta de las manos.

—Es una conspiración política con el fin de dominar a los jóvenes estadounidenses por medio de la humillación forzosa.

Un grupo de cuatro jugadoras de tenis pasaron junto a Bree y John de camino a la última pista vacía y comenzaron a lanzarse la pelota por encima de la red con entusiasmo, aunque los golpes no eran del todo precisos. Tenían un aspecto ridículo con las faldas y las zapatillas de deporte blancas resplandecientes bajo la fiera luz del sol de la tarde mientras se balanceaban y se movían como Maria Sharapova en la final de un Grand Slam.

—No sería descabellado pensar que en un centro privado como Bishop DuMaine esta asignatura se impartiera de forma virtual. —Bree apoyó la barbilla en las rodillas—. Esto es Silicon Valley, ¿no deberíamos ser expertos en nuevas tecnologías?

Se oyó el sonido de un silbato procedente del otro lado de las pistas.

—¡Deringer! ¡Baggott! —La entrenadora Sampson los señalaba con la raqueta—. No estáis en el recreo.

Bree se quedó mirando las pistas ocupadas.

—¡Somos los siguientes! —gritó, acompañando las palabras de un pulgar arriba y con demasiado entusiasmo.

La entrenadora Sampson negó con la cabeza y volvió a concentrarse en un partido de dobles mixto.

—Primera semana de clase y ya odio Educación Física. —John lanzó la raqueta de Bree a la pista—. ¿No puede librarnos de ella tu padre?

—¿Y tu madre? —replicó ella con una ceja arqueada.

—¿De qué sirve que el padre de mi mejor amiga sea senador si eso no nos da ningún privilegio?

—¿De qué sirve que la madre de mi mejor amigo sea la secretaria del centro si eso no nos da ningún privilegio? —se burló ella.

John se pasó los dedos por el pelo negro, teñido del único color que no prohibía el estricto protocolo de Bishop Du-Maine.

—Al menos a mí no me da miedo preguntarle.

—No tengo miedo —respondió Bree con dureza.

—Lo tendrás. —John se encogió de hombros y habló con la voz ronca con la que imitaba a Yoda—. Sí. Lo tendrás.

Bree puso los ojos en blanco. La mayoría de las veces le resultaba entretenida la insistencia de su amigo de que había una cita de *Star Wars* para cada ocasión, pero hoy le hacía la misma gracia que un caso grave de herpes. No dejaba de pensar en la asamblea supuestamente sorpresa del día siguiente.

—¿Te has enterado de lo de la asamblea especial de mañana? —preguntó John de repente.

Bree inspiró hondo. ¿Acaso le leía la mente?

—¿Hay una asamblea mañana? —Trató de usar un tono de indiferencia.

John asintió.

—La ha convocado el padre Uberti. Lo oí hablar del tema con mi madre esta mañana.

Bree se alisó el flequillo y evitó la mirada de John.

—¿Por qué convoca una asamblea?

—Obvio, tiene que ser por NTE.

—NTE va a caer —se oyó una voz detrás de ellos.

Bree volvió la cabeza y vio a Rex Cavanaugh acompañado de sus amigos Tyler Brodsky y Kyle Tanner al otro lado de la valla. Llevaban los brazos cruzados sobre el pecho robusto, los tres vestían polos azules a juego con las palabras «Maine Men» y la ola del centro Bishop DuMaine estampadas encima del corazón.

Los Maine Men, en parte un club y en parte un grupo de matones tolerados por la dirección del instituto, los había fundado el padre Uberti como respuesta a una oleada de bromas vengativas humillantes que perpetraba un grupo anónimo conocido como NTE. Curiosamente, el padre Uberti había reclutado a los acosadores más egocéntricos, petulantés y ambiciosos del instituto, las víctimas de NTE, y les había encomendado la misión de destapar a los alumnos que se escondían tras el grupo.

La tarea estaba siendo todo un fracaso, para satisfacción de Bree. Tras el último año y medio, los resultados eran: NTE: 6, Maine Men: 0. Y esperaba que la cosa continuara así, al menos un día más.

—¿Me habéis oído?! —bramó Rex.

Bree achinó los ojos por culpa de la luz del sol.

—¿No eres un poco bajo para ser soldado?

John soltó una carcajada.

—¿Eh? —preguntó Rex.

—¿Qué quieres? —Bree pronunció las palabras lentamente.

—NTE va a caer —repitió. Al parecer, ese era su único tema de conversación—. De una vez por todas.

—Claro. —Bree entrecerró los ojos—. Porque habéis hecho un trabajo fantástico hasta el momento.

Rex pegó la cara perlada de sudor a la valla; la acercó tanto que Bree distinguía los poros del puente de su nariz.

—Sabemos que estás involucrada, Deringer. Espera a mañana, ni tu papaíto va a poder sacarte de esta.

John se puso en pie de inmediato y se colocó entre Bree y la valla.

—Lárgate, Cavanaugh.

Rex sacudió la valla metálica como si fuera un gorila enjaulado.

—¿Quieres ser el siguiente, John Maricón?

Bree se rio de forma burlona.

—Ja, ja, ja. Qué poca gracia tiene esta broma.

—¡Rex! —Un joven de pelo rubio con un caso severo de acné se acercó corriendo. Bree no lo había visto nunca, pero, a juzgar por las arrugas en la parte delantera de la camiseta azul de los Maine Men, era evidente que acababa de sacar la prenda del envoltorio. Un nuevo recluta—. Rex, tienes que ver esto.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el aludido con la mirada fija aún en John.

—Ronny DeStefano —respondió el chico nuevo.

Rex negó con la cabeza.

—¿Quién?

Ronny arrugó la frente, confundido.

—Nos conocimos la semana pasada en la fiesta en casa de Jezebel.

Rex apretó los labios, como forzando al cerebro de neandertal que tenía a recordar la fiesta arrasada por el alcohol.

—¿Eres nuevo?

—Sí —respondió Ronny con un resoplido—. Tenemos amigos en común, ¿no te acuerdas? Del colegio. —Miró a Rex a los ojos—. Los dos tuvimos una mala experiencia con...

—¡Vale! —exclamó él rápidamente—. Ronny, sí. ¿Qué pasa?

El joven hizo un gesto con la cabeza en dirección al campo de fútbol.

—Pasa algo con el entrenador Creed. Me ha parecido que debías...

—Vamos —lo interrumpió Rex.

Salió corriendo con Tyler y Kyle detrás de él. Ronny los siguió como si fuera un perrito.

Bree miró a John.

—¿De qué va esto?

—Ni idea. —El chico desvió la mirada hacia el campo de fútbol, donde se estaban congregando varias personas—. Pero tengo el presentimiento de que vamos a enterarnos enseguida.

Olivia salió del vestuario de chicas con la raqueta en la mano y se alisó el conjunto de tenista de diseño.

—El vestido te queda increíble —le dijo Amber, que caminaba a su lado—. Me alegro de que no te importe tener que ponerte el de la temporada pasada.

—Claro que no —respondió.

La mitad de su armario estaba compuesto por prendas usadas que Amber había considerado de la temporada pasada.

Peanut se puso una gorra en la cabeza y metió la coleta por el orificio de la parte de atrás.

—Qué lástima que los entrenamientos de baloncesto de Donté sean en el gimnasio —comentó con aire ausente—. Si te viera con ese vestido, lo tendrías comiendo de la palma de la mano.

Olivia se detuvo en seco.

—¿Y qué más me da a mí lo que piense Donté?

Peanut puso cara de sorpresa.

—¿No me dijiste la semana pasada que ibas a volver con él?

«Se suponía que era un secreto, Peanut.» Amber enarcó una ceja.

—Liv, cielo, ya hablamos. Necesitas conocer a alguien...

—Más rico —la interrumpió Jezebel, que se acercaba por detrás. Se puso una sudadera blanca por encima de los hombros y negó con la cabeza—. Fuiste tú la que rompiste con él, ¿recuerdas?

Olivia se mordió el labio.

—Eeh, sí.

—Si vuelves con él —añadió Amber—, quedarás como una imbécil.

—No me puedo creer que tengamos que esperar al lunes para saber cuál va a ser la obra de otoño. —Olivia cambió de tema. Lo último que le apetecía era mantener otra conversación con Amber sobre Donté Greene—. La incertidumbre me va a matar.

—Y yo no me puedo creer que el señor Cunningham se pierda la primera semana de clase —comentó Jezebel, negando con la cabeza—. Vaya profesor de pacotilla.

Amber se sacó un tubo de brillo de labios del bolsillo de su traje de tenis nuevo y se lo aplicó sin necesidad de mirarse en un espejo.

—Yo apuesto por Mamet.

Olivia sonrió. Amber era la persona con menos probabi-

lidades de poseer información secreta sobre el departamento de teatro.

—Sea cual sea —intervino Peanut—, habrá un papel perfecto para ti, Livvie.

—No se sabe. —Olivia se pasó una mano por el cabello corto y se rio—. Tal vez con estos pelos quiera que haga el papel de un niño.

Jezebel exhaló un suspiro dramático.

—Solo tú serías capaz de afeitarte la cabeza para un papel y parecer una supermodelo.

El papel de Vivian Bearing, la paciente malhumorada con cáncer de *Vivir la vida*, la obra de la pasada primavera, había sido el gran éxito de Olivia. El señor Cunningham le había ofrecido una calva prostética para la obra, pero ella los había sorprendido a todos afeitándose los rizos rubios para la noche del estreno. Fue una decisión que no lamentó: se agotaron todas las entradas para la obra y tras cada representación tenía que salir al menos tres veces al escenario para recibir los aplausos.

—Supongo que no nos queda más remedio que esperar —señaló Amber, apartándose la melena castaña—. Vamos, chicas. El tenis nos espe...

Se quedó callada al ver algo al otro lado del campo. Olivia se volvió y descubrió a Rex caminando muy rápido. Lo seguían Tyler y Kyle, y también un muchacho delgado al que Olivia no había visto nunca.

—¡Hola, cielo! —saludó Amber a Rex. Se puso de perfil y posó con aire provocativo.

—¡Ahora no! —gritó el chico, levantando la palma de la mano.

Amber se quedó con la boca abierta cuando los chicos salieron corriendo.

—¿Qué pasa?

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Peanut.

—Ni idea. —Olivia examinó al grupo de estudiantes que se reunían en el promontorio del campo de fútbol.

Rex y sus compañeros de los Maine Men se abrieron paso entre la gente. No tenía buena pinta.

Amber olisqueó el aire. Como un tiburón que detectaba la sangre en el agua, la joven reconocía los cotilleos a kilómetros de distancia. Esbozó una sonrisa malévola.

—Tengo la sensación de que la clase de gimnasia de pronto se ha puesto más interesante.

Si no fuera porque Kitty ya sabía que el entrenador Creed necesitaba que le dieran su merecido, esto se lo habría confirmado.

—¡Muévete, Baranski! —El bramido del entrenador resonó en toda la pista, donde Kitty guiaba al equipo femenino de voleibol de Bishop DuMaine en una carrera de calentamiento antes del entrenamiento.

La joven se detuvo. Los estudiantes se arremolinaban en la colina que descendía hasta el campo de fútbol. Vestidos con el uniforme azul y dorado de gimnasia, estaban quietos, con la mirada fija en la parte inferior de la pendiente, en la figura regordeta y jadeante de Theo Baranski.

El entrenador Creed se alzaba sobre él con las manos en las caderas, tensando los pectorales como un boxeador.

—Es la primera semana de clase, Baranski, y ya te estás quedando atrás.

Theo tenía la cara roja y empapada de sudor o lágrimas, o tal vez las dos cosas. Miró la pendiente de la colina y sus ojos reflejaban una mezcla de miedo y vergüenza. Un recuerdo surgió de lo más profundo de Kitty, tan cercano y tan real que sintió que volvía a estar en la clase de Matemáticas de

sexto, donde los números y los símbolos de la lección de álgebra ondeaban ante sus ojos, tan carentes de sentido para ella como los jeroglíficos.

Cerró los ojos con fuerza. La vergüenza por no saber la respuesta. El miedo a que la señora Turlow la llamase a ella...

«¿Será posible que seas la única chica asiática del planeta a la que no se le dan bien las matemáticas?»

—¿Será posible que seas el único chico del planeta —continuó el entrenador Creed— que no puede arrastrar el culo hasta lo alto de la colina?

Mika se acercó a ella por detrás.

—Ese pobre ya tiene suficientes problemas sin que Creed se le lance a la yugular todos los días.

—Ya lo sé —respondió ella en voz baja. Theo había llegado a Bishop DuMaine la pasada primavera y el entrenador Creed lo llevaba acosando desde el primer día.

Mika se quitó la banda de la cabeza y se atusó los rizos oscuros.

—Le va a dar un ataque al corazón como vuelva a intentar subir esa colina. Tenemos que hacer algo.

«Ya lo hemos hecho.»

Por mucho que Kitty quisiera ayudarlo, tenía las manos atadas. Había albergado la esperanza de que el entrenador Creed dejara tranquilo a Theo esta primera semana de clase mientras NTE ponía en acción su plan. No había habido suerte.

—Al equipo de voleibol le vendría bien un representante —comentó Mika—. ¿Qué te parece que sugiera a la entrenadora que sea Theo?

Kitty esbozó una sonrisa.

—Es una idea estupenda.

La multitud se movió cuando Amber Stevens se adelantó hasta colocarse en primera plana, sonriendo con júbilo en dirección a Theo.

—¡Menudo cachalote!

—Genial —murmuró Mika—. Ya ha llegado la Zorra Mayor.

Amber estiró el cuello con la elegancia de una reina y se dirigió a su víctima.

—Ten un poco de orgullo. Deja de engullir hamburguesas dobles con queso, culo gordo.

—¡Muévete! —bramó el entrenador Creed. El público estaba alimentando su rabia—. Me da igual que te mate. Arrastra tu culo por esa colina.

Sin previo aviso, John Baggott emergió de entre la masa de estudiantes.

—¡A la mierda! —exclamó y bajó por la colina.

Margot se detuvo en mitad del camino mientras ascendía por el campo, sudada e incómoda bajo la enorme ropa. Tomó varias bocanadas de aire y trató de calmarse. Bajo las capas de algodón y microfibra, el corazón le tronaba en el pecho, no por el agotamiento físico de la carrera, sino por la ira de haber presenciado el último ataque del entrenador Creed a Theodore Baranski.

—¡He dicho que te muevas! —gritó el entrenador—. Todos te están esperando.

Margot lo comprendía; todos los ojos estaban fijos en el muchacho, juzgando su cuerpo con sobrepeso, murmurando «culo gordo» entre dientes y dando por hecho que la obesidad que sufría era solo culpa suya. Sin pensar, Margot se tocó el antebrazo, por encima de la manga de la camiseta. Deseaba ayudar a Theo, pero ¿cómo hacerlo sin arruinar el plan de NTE?

De pronto vio el cuerpo alto y ágil de John Baggott acercarse al entrenador Creed.

—¡Disculpa! —intervino con voz suave y rostro sonriente—. No querría interrumpir, pero ¿eres Theo Baranski?

Margot se quedó anonadada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué no lo detenía Bree?

El entrenador Creed se dio la vuelta.

—¿Qué quieres, Baggott?

John miró al entrenador, que le estaba lanzando una mirada asesina.

—Vengo de la secretaría —explicó, todavía sonriendo—. El padre Uberti me ha pedido que busque a Theo. Es una emergencia.

La idea de que el padre Uberti le hubiera encargado una tarea a John Baggott era ridícula, totalmente absurda, pero, aparte de llamar mentiroso al chico, al entrenador Creed no le quedaba otra.

—Una emergencia —repitió.

—Sí —respondió él con una sonrisa amable. Le dio una palmada a Theo en el hombro—. Vamos.

El profesor negó con la cabeza mientras John se llevaba a Theo colina arriba.

—Eres patético, Baranski —le espetó Creed—. Y tú también, Baggott. No he terminado con ninguno de los dos.

Margot seguía paralizada mucho después de que el entrenador se hubiera marchado al campo y el resto de los alumnos de la clase de Educación Física hubiera regresado a sus tareas. Tardó un momento en reparar en tres personas que había en lo alto de la colina, iluminadas por el brillo de la luz de la tarde: Kitty Wei, Bree Deringer y Olivia Hayes.

Se miraban entre ellas, como si las tres pensarán lo mismo. Una hora antes, la venganza contra el entrenador Creed no habría suscitado ninguna sospecha evidente, pero ahora el mejor amigo de Bree encabezaría la lista de sospechosos del padre Uberti. Era una persona demasiado cercana a una

de las integrantes de NTE. ¿Sería mejor que abortaran el plan?

Todas las miradas se volvieron hacia Kitty. Ella sabría qué hacer.

Sin dudar, la chica movió la mano por encima del pecho, desde el hombro izquierdo hasta el derecho, para mostrar la señal. A continuación, bajó el brazo y se marchó.

Margot exhaló una bocanada de aire. El mensaje era claro: el plan contra el entrenador Creed seguía en marcha.